

Alexander Skutch, un naturalista sin una visión idealizada de la naturaleza

A Cali Abarca, por su genuino aprecio por don Alexander.

"¿Qué interés tiene preservar la naturaleza en un parque nacional si luego no se puede encontrar allí a los que, desde siempre, han vivido la intimidad de su país; sino se encuentra allí a los que saben dar su nombre a la montaña y que, al hacerlo, le dan vida" (Frederic Uhlman)

"...La lealtad cósmica no implica una aprobación a cuanto sucede en la naturaleza... proclamar que todo cuanto existe debe ser correcto, es desleal a la naturaleza o al cosmos" A. Skutch

Summary: *By tracing the notion of nature in A. Skutch's book **Life Ascending**, this paper deals with the ethical and theological repercussions implied by his philosophical points of view.*

Resumen: *El artículo se ocupa de rastrear la noción de naturaleza en el libro **El ascenso de la vida** y plantear algunas de las repercusiones éticas y teológicas que se desprenden de ella.*

A lo largo de su libro *El ascenso de la vida*, Alexander Skutch insiste constantemente en la ambivalencia humana: capacidad para gozar, apreciar y entender el universo al lado de una gran capacidad destructiva, que somete al planeta a exigencias exageradas.

El ser humano está en condiciones, si se esfuerza por lograrlo, de ser culminación de un proceso evolutivo que es, a su vez, ambivalente -por las maravillas generadas y el precio pagado. Tal situación pasa por el reconocimiento de que nuestro planeta es único, lo que definitivamente lo inviste, al ser humano, de una gran responsabilidad. Semejante reconocimiento supone una reorientación de la vida en el sentido de una búsqueda de una convivencia

más inteligente, más solidaria, más apreciativa de la riqueza en diversidad. Se sigue, por ello, un tránsito de la ecología a la ecofilia. Es decir, reinención de prácticas menos peligrosas y menos onerosas sobre el planeta, sus habitantes no humanos, sus habitantes humanos y los múltiples mecanismos posibilitadores de la vida, para darle una oportunidad al "planeta al cual nos toca amar y proteger"¹

El ser humano ha de verse a sí mismo como parte integrante de la naturaleza -en él el cosmos se torna consciente-. Es preciso que no le dé la espalda a lo que posibilita su vida y la enriquece. No hay distanciamiento ni tiene por qué haberlo. Repensar al ser humano como un ser natural es parte de la lealtad o solidaridad cósmica. Ceder ante formas de antropocentrismo, por el contrario, y ver a la naturaleza como distinta y a nuestro servicio o disposición, suponen un empobrecimiento y un riesgo. Por su lado, sentirse solidario con un proceso que en mucho lo supera no entraña disminuir al ser humano, es darle un lugar proveedor de dignidad por el aporte y posibilidades que el ser humano brinda al proceso evolutivo. "Ver al hombre como distinto de la naturaleza y cotejar a ambos en detrimento de la última, como hacemos con demasiada frecuencia en nuestro arrogante orgullo

humano, no solo es injusto para la naturaleza, al despojarla de cuanto en justicia le pertenece, sino que nos perjudica al separarnos de nuestro origen y de la fuente de nuestra fortaleza”²

Ahora bien, mantener viable para la vida a nuestra casa planetaria, fructífera y bella, anuncia una posible unidad entre los seres humanos por cuanto la naturaleza no reconoce fronteras. Por ello, se tornan necesarias formas nuevas de pensar, en conjunto con formas nuevas de actuar. Preciso es entonces que nos percatemos de los riesgos a que está sometida nuestra casa planetaria, que todavía dista mucho de ser un hogar. Es urgente proteger la única manifestación conocida de vida del cosmos; y, aunque Skutch no excluye otras posibilidades de vida en otros sistemas, la vida en nuestro planeta podría perfectamente ser la única de todo el cosmos.

Nuestra relación con el planeta puede verse a la luz de diversas metáforas como finca o como jardín. La finca de la que nos servimos y el jardín que atendemos con esmero. Obviamente, la combinación de ambas parece ineludible: “a menos que se haga producir a la tierra suficientes alimentos y otros artículos necesarios que nos mantengan vivos y saludables, no vamos a sobrevivir para apreciar su unicidad”³; pero si no se cuida también dejará de producir.

Si, a su vez, insistimos en nuestra metáfora de la casa planetaria que es preciso convertir en hogar y albergue, los seres humanos podemos vernos como moradores, conscientes de que la casa para que funcione, se embellezca y sea acogedora no puede ser tratada de cualquier manera. Las diversas metáforas destacan aspectos importantes para que la vida continúe y florezca sobre el planeta: “tomar consciencia de nuestro privilegio y de nuestra responsabilidad para hacer de este planeta excepcional una expresión cada vez más adecuada de toda cosa excelente que el proceso creativo pueda engendrar, daría a la vida humana un gozo refrescante, una dignidad renovada y una significación inmensamente elevada”⁴.

Estamos frente a un gran reto: disfrutar la vida sin menoscabo de los otros seres, disfrute respetuoso y solidario (sin destrucción). Suena a reventar nuestras formas de sentir, pensar y actuar, para reconocer la belleza y la alegría en la interdependencia:

“Una criatura puede contribuir a la riqueza total del cosmos con solo disfrutar de su vida, o contribuyendo al gozo de otros seres, o de las dos maneras...”

Un amplio examen sobre el ascenso de la vida debería conceder a ambos aspectos de los valores -la habilidad de cada organismo para disfrutar de su propia existencia, así como su capacidad para ensanchar las vidas de las criaturas circundantes”⁵.

Según Skutch, el universo no completa su esplendor si no hay quien contemple su belleza, aprecie su riqueza y entienda su complejidad. Todo ello hasta donde fuere posible. Con la aparición de vida superior el planeta se completa. Tanta belleza no merece quedar inobservada, tanto “misterio” no merece quedar inexplorado. El azar evolutivo dio con formas de vida capaces de apreciar la belleza y la sublimidad del planeta. Gozar y entender introducen una dimensión nueva: el universo empieza a mirarse. El ser humano le permite al universo observarse a sí mismo. El ser humano es, según la bella expresión de Carl Sagan, polvo de estrellas que se ha vuelto consciente. Ahora bien, también se puede pensar que la aparición de lo propiamente humano es una ganancia desde el punto de vista evolutivo: el ámbito de la ética, del lenguaje, del sentido, del valor son irreductibles a todo cuanto le precede -tal como lo señala Gilbert Hottois⁶. De ahí el carácter decisivo o la importancia del ser humano. Con el ser humano la evolución se torna consciente y la prudencia adquiere un rasgo central y contemporáneo para que la evolución continúe.

Con esta idea de que el universo se perfecciona con seres capaces de contemplarlo y entenderlo, se está en presencia de un finalismo interno: con seres capaces de apreciarlo, el universo aumenta su valía. El finalismo es interno, culminación de un proceso, no viene dado de fuera, no es un designio, no es proceso guiado por una divinidad inteligente y bondadosa. Lo que es culminación se convierte en dador de significación. Skutch sugiere que no pudo ocurrir de otra manera: “el universo fue de tal modo establecido que, dándole tiempo suficiente, no fallaría en engendrar belleza con seres idóneos para gozarlo y apreciarlo”⁷. En este sentido no queda claro como puede afirmarse que no hay algún rasgo accidental si precisamente la evolución ha sido un proceso errático y dispendioso, si la evolución es avance de la vida por azar.

Una manera de resolver este problema puede ser el siguiente: el cosmos no estaba necesariamente orientado al surgimiento del ser humano, lo que le da una dimensión de gratuidad a la vida humana y aumenta su valor, pero viendo que

apareció ésta, se puede afirmar que el universo se completa. Un cosmos con seres que introducen *dimensiones nuevas, es mejor que sin ellos*. “Sin seres que respondan con apreciación agradecida a toda su belleza y sublimidad, que pregunten y traten de comprender a su mundo y a sí mismos”, estaría incompleto; y, perfectamente podría haber ocurrido de esa manera o podría ocurrir si la prudencia no asume una preocupación sana por el futuro.

Un compromiso con el futuro suele verse como un compromiso con las generaciones futuras. Ahora bien; ¿en qué consiste? Se trata de hacer lo que esté a nuestro alcance por preservar un mundo que pueda acoger a personas que sepan apreciar la belleza de la naturaleza que nos queda, que puedan experimentar gozo ante su riqueza, profunda admiración y reverencia por la creatividad natural, sin olvidar o prescindir de los excesos dolorosos que invitan a una rebeldía sana frente a la naturaleza que en nosotros se expresa. “Tenemos, ante todo, la responsabilidad de legar a las generaciones futuras una situación en la que ellas puedan también ser responsables, es decir, elegir libremente su camino, su identidad y su futuro... La preocupación por el futuro debe ser la de no legar a las generaciones futuras un mundo menos rico que el nuestro en posibilidades y, por tanto, en libertad”⁹.

Con todo, la naturaleza no hay por qué idealizarla, se comporta como madre y como madrastra. La presencia del sufrimiento -la evolución ha hecho grandes logros pagando un precio muy alto- evita los intentos de idealización: “Aquellos que escriben o enseñan acerca de la naturaleza debieran recordarse de su obligación de hacer notar su terror no menos que su belleza, beneficio e interés”¹⁰.

Una perspectiva más objetiva de la naturaleza tiene, a su vez, consecuencias teológicas. La imperfección de los mecanismos de la evolución (mucho azar, despilfarro, violencia, callejones sin salida) hacen impensable la idea de un creador benéfico. Una mente sabia y compasiva habría ahorrado tiempo y destrucción, la evolución habría sido menos laberíntica. La presencia de tanta destrucción y sufrimiento lleva a Skutch a afirmar que la evolución no pudo haber sido guiada por una mente previsoras y con poder suficiente como para hacerlo mejor. La ambivalencia penetra la evolución, los grandes logros se han obtenido a cambio de destrucción y sufrimiento: “En ausencia de una divina supervisión, la vida ha tenido

que ir a tientas en su camino hacia adelante, a menudo desatinando, tomando direcciones infructuosas, comenzando de nuevo, sufriendo mucho, logrando sin embargo admirables resultados”¹¹. El que no se viva sin destrucción, el que no se viva sin ella, excluye el lugar para una deidad benéfica. En vez de un lugar armonioso, en el que la vida diera pasos hacia adelante, “el planeta se convirtió en un lugar de carácter mixto, donde la belleza y la lealtad, la paz y el temor, la felicidad y el horror, se mezclan en el contraste más intrincado”¹².

Hay una resistencia constante a idealizar la naturaleza. El aprecio no tiene por qué cegarse ante situaciones que no invitan a la lealtad cósmica. El rechazo de tales situaciones es estético a la vez que ético: “no hay espectáculo más angustioso sobre la tierra, que el de un depredador abatiendo súbitamente a alguna criatura indefensa que inocentemente está cantando o atendiendo sus crías, ninguna visión más lastimosa y repulsiva que los restos horriblemente destrozados de quien, unas pocas horas antes, era un bello animal disfrutando de su vida”¹³.

¿Qué sentido podría tener esta reacción frente a un proceso tan azaroso como la evolución? ¿Qué sentido si lo único que cabe es aceptarlo? Skutch renuncia a aceptar que la denominada lealtad cósmica suponga “una aprobación a cuanto sucede en la naturaleza”¹⁴. Hacer tal cosa sería más bien deslealtad. Hay una resistencia ética a proclamar como bueno lo que de hecho ocurre: el que así haya ocurrido, y puede seguir ocurriendo, no le da sin más legitimidad. A tal resistencia le concede Skutch importancia evolutiva: “Incluso si no podemos hacer más que sentir y expresar indignación, nuestra firme desaprobación marca un avance evolutivo trascendental que es quizás una promesa de cosas más grandes por venir”¹⁵. Nuestra evolución moral nos pone por encima de nuestra evolución biológica.

En el plano propiamente humano es preciso reconocer que el ser humano es bastante inacabado, con demasiadas imperfecciones como para pensar que su evolución ha sido guiada por una inteligencia superior y benévola: “¿Cuánto tiempo pudo haberse ahorrado, cuanto sufrimiento evitado, si la vida hubiese sido guiada a través del laberinto por una mente sabia y compasiva”¹⁶.

Ahora bien, de ¿dónde sacar fuerzas para dar intentos de solución a nuestra destructividad? Nuestros programas son abiertos y sus posibilidades dependen de nuestra responsabilidad e

imaginación. Nuestra carga natural es un peso bastante grande; pero, "por otra parte el ser humano posee ciertas cualidades físicas difíciles de explicar, puesto que no aportan contribución inmediata a su supervivencia. La expansividad del espíritu humano plenamente despierto, tal como se revela por el amor y la compasión llevada más allá de nuestra especie, la sed de conocimientos sobre las cosas distantes, el ansia de lo infinito y de una absoluta perfección llamada Dios, son evidentemente expresión de algo que es mucho más antiguo y más profundo enraizado en el universo que los procesos de la evolución orgánica y constituye la fuerza impulsora detrás de ellos" ¹⁷.

Las evaluaciones de Skutch tienen un giro claramente ético y estético. Y en último análisis la base fundamental se encuentra en la dimensión estética: el reconocimiento de la belleza, de lo que podemos apreciar sin poseer, nos abre el ámbito del conocimiento y el ámbito de la bondad: "La belleza...fue necesaria al prepararnos para la ardua búsqueda de la verdad y el tenaz esfuerzo de hacernos buenos" ¹⁸. La belleza es lo gratuito, de lo que no pedimos nada a cambio, pero cuya presencia estimula el conocimiento y la coexistencia, porque "en un mundo desprovisto de belleza, pudimos tener poco incentivo para descubrir la verdad o para llegar a ser buenos" ¹⁹. La ética posee una base estética, o al menos un apoyo estético, ya que si la ética busca una convivencia armoniosa con las otras personas, los otros seres vivientes, y con el resto de la naturaleza y sus mecanismos sostenedores de la vida, entonces al aprecio sin posesión y, por ello, sin exclusión que supone la belleza en su sentido más genuino, puede convertirse en una fuente de moralidad.

Obviamente la tarea de superación de limitaciones aún está inconclusa, pero el reconocimiento de dimensiones como las anteriores es esencial para reorientar nuestras formas de pensar y actuar. Pero ello, también es importante recordarles a diversas posiciones en ética que no han podido todavía integrar la dimensión natural, que la ecología se desdobla en justicia social y que la justicia social se desdobla en ecología. El que la ecología y la justicia social no están desligadas, lo expresa claramente Skutch cuando afirma:

"El aspecto más trágico de la presente situación es que cuando la población crece y se fuerza a grandes masas de gente a vivir en concentraciones insalubres, que cuentan con poco para suavizar un medio ambiente ho-

rrible lleno de ruidos, fealdad, contaminación y desasosiego, la capacidad de apreciar y cuidar es suplantada por el odio, la violencia y el espíritu de destrucción... Inevitablemente la humanidad se deteriora con el mundo natural que la sostiene" ²⁰.

De ahí que el generar condiciones en que la vida humana puede prosperar con dignidad y estima es tan importante como la protección de bosques, ríos, especies animales y la transformación de ciudades, o su reverdecimiento.

La ética, tradicionalmente hecha en ciudades, a espaldas de la naturaleza y -agregaría Hans Jonas²¹- sin visión de futuro, precisa incluir como interlocutor a la naturaleza y también repensar la vida en ciudades, porque no es sólo la sobrevivencia biológica la que está en juego, también lo está la sobrevivencia espiritual.

Los filósofos han sido negligentes en destacar la importancia de nuestra dimensión natural, de nuestra pertenencia e interacción con nuestra madre y madrastra. "Por lo común han fallado en ver que la calidad de nuestras vidas se ve afectada por el tratamiento nuestro hacia la tierra, el agua y la vegetación, no menos -y posiblemente más- que nuestro tratamiento mutuo, o cómo el abuso de animales y plantas reacciona sobre el carácter en forma tan desastrosa como la injusticia para con uno de nuestros semejantes" ²². No estamos desligados, somos miembros de un gran equilibrio, miembros responsables de cuidar la vida que vuelve hermoso a nuestro planeta, que lo vuelve único e irrepitible.

Notas

1. Skutch, Alexander. *El ascenso de la vida*. San José: editorial Costa Rica, 1991, p. 16.
2. *Ibid.*, p. 321.
3. *Ibid.*, p. 49.
4. *Ibid.*
5. *Ibid.*, p. 19.
6. Gilbert Hottois. *El paradigma bioético*. Barcelona: Anthropos, 1991, p. 165.
7. *El ascenso*, p. 13
8. *Ibid.*, p. 118
9. *El paradigma*, p. 162.
10. *El ascenso*, p. 243.
11. *Ibid.*, p. 108.
12. *Ibid.*, p. 109.
13. *Ibid.*, págs. 121-122.
14. *Ibid.*, p. 323.

15. Id.
 16. El ascenso, pág. 165.
 17. Ibid., 196.
 18. Ibid., 214.
 19. Ibid., pág. 213.

20. Ibid., pág. 345.
 21. Jonas Hans. *The Imperative of Responsibility*. Chicago-London: The University of Chicago Press, 1984, págs 4-6.
 22. *El ascenso*, pág. 271.

El saber posmoderno no es solamente el incremento de los poderes. Hace más del que nos sorprende ante las diferencias y fortalece nuestra capacidad de enfrentar lo indeterminable. No encuentra razón en la hermenéutica de los siglos. Lo ve en la parábola de los viajeros (Lyotard, 1985, p. 12).

Edgar Roy Ramírez B.
 Instituto de Investigaciones Filosóficas
 Facultad de Letras
 Universidad de Costa Rica

Prólogo

Son muchas las formas de reflexionar sobre el campo de la educación y su relación con los procesos sociopolíticos, económicos, culturales e históricos que vivimos, especialmente en esta última parte del siglo XX. También la humanidad ha ido construyendo diferentes corrientes de pensamiento que nos permiten comprender el posible devenir histórico de nuestras sociedades y culturas en el mundo. Una de esas corrientes de pensamiento es el llamado posmodernismo, el cual es el marco conceptual que elegimos para este ensayo.

Insistir definir el posmodernismo es una actitud contraria a la manera en que ha sido concebido.